

Diez lecciones del Maestro de Maestros



A principios de 1995, era un adolescente fanático de las artes marciales, sobre todo de Steven Seagal. Había practicado Karate durante algunos años hasta obtener mi Cinturón Marrón, pero lo que en verdad quería aprender era cómo arrojar agresores como muñecos de trapo contra los muebles y las ventanas así que busqué una academia de Aikido. Aunque el arte me atrajo mucho visualmente no sentí que era lo que estaba buscando. Entonces leí sobre el Hapkido y quise inscribirme en alguna escuela, cosa nada fácil en Venezuela ya que en la mayoría de las escuelas se imparte karate, taekwondo, o judo.

Un día caminaba por el Parque del Este y encontré a un señor de baja estatura y cabello completamente cano que vestía un uniforme camuflado. Me acerqué por curiosidad al grupo, y le pregunté qué estilo practicaban y me dijo “Taekwondo y Hapkido”. Por supuesto, me inscribí de inmediato y le ofrecí la mano al Profesor, quien respondió con un enérgico apretón de una mano sólida como una piedra.

Mi primera clase fue prácticamente una pesadilla. Estaba demasiado gordo y no podía seguir el ritmo de mis compañeros, quienes se burlaban del “gordito” cada vez que podían. Cuando llegué a casa mi madre pensó que había sufrido un accidente: tenía la espalda encorvada, el uniforme lleno de tierra, mis brazos colgaban como los de un gorila, y caminé arrastrando los pies hasta el cuarto, donde me desplomé boca abajo por las próximas tres horas. Al día siguiente me dolían hasta las pestañas y no fui a la siguiente clase.

Esta escena se repitió por los tres meses, pero estaba empezando a perder peso, y sobre todo, el sistema me gustaba. Mantuve ese ritmo por los próximos diez años, durante los cuales me convertí en uno de los alumnos más cercanos del “Teacher”, y prácticamente en otro de sus hijos.

Por eso, su doloroso y sorpresivo fallecimiento en la noche del 13 de diciembre de 2008 me golpeó en lo más hondo y planteó para mi una profunda crisis personal. “¿Qué

hacer?” me pregunté una y otra vez, y la respuesta era a la vez sencilla, pero imponente: *seguir el ejemplo de Carlos*. Me paré entonces firme en un punto, di media vuelta hacia catorce años de grandes enseñanzas y divertidas anécdotas, y recordé entonces una tarea que me pidió hace años y que no le entregué en el momento en que debía: describir qué clase de líder era Carlos. Agrupé entonces mis recuerdos en diez “sencillas” lecciones, no sólo para quienes gustan de practicar una disciplina marcial, sino para todo aquel que pueda encontrarlas útiles.

Viva con un propósito

El padre de Carlos murió cuando él era un adolescente, así que de pronto se vio obligado a mudarse con sus hermanas mayores, quienes ya se habían casado y establecido hogares, con todo lo que ello podía implicar en la sociedad venezolana de finales de los años cincuenta. Se trataba de familias de bajos recursos, y en aquel entonces, como todo adolescente, enfrentó la tentación de los vicios.

El joven Carlos miró hacia un lado, y observó borrachitos tirados en la calle y jóvenes destruidos por las drogas. Al otro lado se encontraban las personas que se esforzaban por progresar: estudiantes, trabajadores, gente decente y sana en general. Carlos se detuvo un momento y se preguntó “qué futuro quiero para mí”, y su decisión le llevó a convertirse en un miembro muy respetado de cuerpos élite en el ejército venezolano, uno de los primeros venezolanos en alcanzar el reconocimiento como Maestro de artes marciales, y en un líder con influencia decisiva en la vida de miles de personas.

Use el miedo como un aliado

Cierta vez estaba con Carlos en Barinas, donde se le había contratado para dictar un Curso de Protección a Personalidades. Por lo general, cuando terminábamos las prácticas caminábamos un rato y conversábamos sobre muchas cosas, y en uno de esos momentos me confesó que en su juventud le aterraba la sola idea de subir a un ring de boxeo, así que siempre subía al ring con la intención de conectar un golpe fulminante que derribara al adversario, preferiblemente en el primer round.

¡Eso sí que me impresionó en aquel entonces! ¿Cómo alguien que había sido boxeador, policía, marino, soldado, miembro de fuerzas especiales, maestro de artes marciales y escolta de presidentes venezolanos e incluso de Su Santidad Juan Pablo II me decía que le daba miedo pelear? Obviamente, no le creí. Para mí, mi maestro era un hombre prácticamente infalible e intocable.

Lo cierto es que Carlos fue un hombre que en muchas ocasiones sintió miedo y no le dio vergüenza admitirlo. Él usó la ansiedad y el temor como “gasolina” para prepararse más duro que sus oponentes, y nunca permitió que esos sentimientos se convirtiesen en un obstáculo para alcanzar sus metas.

Mantenga una actitud abierta al cambio

Un día el joven marino Carlos Márquez estaba golpeando un saco y vio a Orlando Parra Sosa, su viejo amigo de la infancia, lanzar patadas contra un saco. Se acercó entonces y le preguntó “¿qué haces?” y Orlando le dijo “Taekwondo”. “¿Qué vaina es esa?” preguntó Carlos, y Orlando subieron al ring y éste le propinó patadas en el rostro y el estómago desde una distancia en la que aquel no estaba acostumbrado a pelear. Ese día, Carlos conoció uno de sus grandes amores: las artes marciales. Desde entonces se propuso aprenderlas y quedó prendado de ellas por el resto de su vida.

El camino, sin embargo, no fue nada fácil. Se trataba de una época en la que no todos tenían el valor de practicar artes marciales, y el Maestro Parra tenía un enfoque extremo de la enseñanza y del combate en particular. Carlos intercambiaba golpes con todos los alumnos del dojang pero Parra era otra cosa.

Un día ambos amigos se pararon frente a frente y empezó el combate... y de repente, Parra se vio acorralado contra un rincón recibiendo *uppers* al estómago, y en lo que se separó para patear a Carlos, sintió un talón en la parte de atrás de la cabeza. No había visto a Carlos saltar en el aire y girar de esa manera, y Maestro y alumnos en general se quedaron atónitos por unos largos y silenciosos segundos. De repente Carlos fue corriendo a los *lockers* a buscar sus cosas para irse del gimnasio por unos cuantos días.

Desde entonces adoptó la consigna de no limitarse a un estilo, sino hacer hincapié en sus fortalezas, que para aquel entonces eran “de la cintura para arriba boxeo, y de la cintura para abajo Taekwondo”, afirmación que en la Venezuela marcial de principios de los setenta era poco menos que una herejía.

Hasta su último respiro, mi gran amigo y maestro se esforzó por evolucionar, de encontrar maneras diferentes de hacer las cosas por lo que siempre mantuvo los abrazos abiertos al cambio.

Observe atentamente su entorno

Por lo general, cuando un practicante del Sistema Kar - Mar dice “dominar el entorno” se refiere a la necesidad de observar su alrededor: ¿quién se encuentra en aquella esquina? ¿Qué está haciendo? ¿Me conviene ir por esa vía? A veces nos llaman *paranoicos* por mantener una actitud vigilante incluso en los lugares aparentemente más tranquilos. Lo cierto es que el practicante de Kar – Mar mantiene cuerpo y mente en un solo sitio; si se camina hacia el carro, eso se hace, y no se piensa en lo que haremos al llegar a casa, los problemas que hayamos tenido en la oficina, etc.

Pero *observar el entorno* no se limita al ámbito de la seguridad, sino también al observar las tendencias, las corrientes que arrastra el tiempo. ¿Qué cambios se producen a mi alrededor? ¿Representan un riesgo o una oportunidad? ¿Cómo puedo sacar provecho de ellos? ¿Con qué herramientas cuento? ¿Cuáles necesito?

Ser realistas

Hablar de realismo es exponerse a que algunos miedosos le reciten a uno “Cuando algo puede salir mal, *seguramente saldrá mal*” y otras tantas máximas de la cartilla de Murphy que se han convertido en los dogmas por los que muchos tiran la toalla mucho antes de haber lanzado el primer golpe. La visión del realismo que aprendí con Carlos me gusta más y me ha sido mucho más útil: esforzarse por ver la realidad sin adornarla con nuestros prejuicios o deseos, y hacer lo necesario para beneficiarnos de ella.

A la Escuela se aproximaron muchos esperando que el Maestro les enseñara como saltar hasta las ramas más altas de un árbol, o preguntándole si él podía pelear con los ojos vendados. Él en cambio siempre se concentró en preparar a sus alumnos para las amenazas que podrían enfrentar durante una confrontación real, y a actuar responsablemente sin mentirse a uno mismo y a los demás. Por ello, muchos decían “eso no es arte” cuando veían las exhibiciones de la Escuela de Carlos.

Como todas las lecciones de este escrito, ésta puede llevarse del combate a la vida diaria. ¿Cuántas personas no viven ahogadas por los prejuicios o cegada por falsas ilusiones, en lugar de asumir una posición madura ante las cosas y ponerse a trabajar?

Tener el valor de ser uno mismo

Carlos respetó mucho al mundo de las artes marciales y a muchos de los grandes maestros que enseñan en Venezuela, pero él decidió fijar tienda aparte y a partir de entonces sus enseñanzas se apartaron de algunas tradiciones y dogmas. Hincarse de rodillas para saludar a un maestro, por ejemplo, era algo que le desagradaba por considerarlo ajeno a nuestra cultura, y lo erradicó de nuestras clases.

El atreverse a definir un rumbo propio le valió el rechazo y la incompreensión de muchos. Algunos incluso llegaron a retarle, lamentablemente para ellos, por cierto. Uno de ellos fue un maestro de origen mexicano que se acercó un día reprimiendo al grupo y descalificando al Maestro, a quien retó a un duelo para verse, segundos después, asfixiado y tendido en el suelo, sin poder moverse.

Cuando pudo recuperar sus fuerzas, el visitante se puso de rodillas, ofreció su cinturón a Carlos y le bautizó como “Maestro de Maestros”. La frase le gustó, y en ocasiones nos referimos a él de esa manera, pero en el fondo él siempre supo lo que valía y nunca hizo gala de falsa modestia. Él era un gran maestro porque había entrenado duramente y reflexionado mucho durante décadas, y su trabajo hablaba por sí solo, y si alguien tenía alguna duda, que se pusiera los guantes...

Aproveche las oportunidades

Carlos nos enseñó que el delincuente brinda una sola oportunidad, pero también en muchas ocasiones afirmó lo mismo sobre la vida. Las oportunidades que uno deja pasar ahora, difícilmente se presenten de nuevo más adelante.

¿Cuántas oportunidades dejamos pasar por falta de determinación?

Carlos llevó un estilo de vida bastante sano, sin embargo hace algunos años le diagnosticaron arterioesclerosis. De repente, sufrió el *shock* de todo paciente al verse sometido a la voluntad de médicos, enfermeras, etc, y no poder hacer las cosas que quería hacer, cosa que pegó especialmente en el ánimo de un hombre como él que había saltado en paracaídas, corrido a altas velocidades en moto, entre muchas otras cosas. Finalmente, tuvo que hacerse una operación a corazón abierto de la cual se recuperó exitosamente.

Carlos cambió mucho después de su operación. La vida le brindaba una segunda oportunidad, y él la aprovechó lo mejor que pudo. Carlos pudo guiar a su hijo menor hasta la vida adulta, hizo las paces con gente con quienes había tenido diferencias en el pasado, vivió nuevas experiencias, aprendió cosas nuevas, en fin, nació de nuevo.

Esté siempre dispuesto a aprender

En algún momento dejé de asistir rigurosamente a mis entrenamientos. Las obligaciones laborales (viajes dentro y fuera de Venezuela); además, la vida en pareja y las consecuentes tareas hogareñas me distanciaron un poco de Carlos, aunque siempre permanecimos en contacto y yo iba esporádicamente a entrenar.

Durante ese tiempo de ausencia, sin embargo, examiné algunas cosas por mi cuenta, e investigué herramientas de otros estilos que pudiesen enriquecer al mío. A veces llegaba donde él y trataba de “sorprenderlo” con algún movimiento nuevo, y entonces él lo hacía mejor que yo o me enseñaba una manera más simple de hacerlo. Entonces entendí no solo con el intelecto, sino desde el alma que la maestría de Carlos era algo que me rebasaba por completo: había superado y desechado ya mucho más de lo que yo estaba aprendiendo como algo “nuevo”.

Sin embargo, le recuerdo sentado frente a mí, como un alumno, llamándome “profesor Moisés” y preguntándome muchas cosas para ver que tan diligente había sido en mi preparación. En otras palabras, él no llegó a un Olimpo personal en el que todo hubiese concluido, sino que asumió su evolución como ser humano como una marcha y un aprendizaje constante.

Preocúpese por la suerte de las personas

Los alumnos de Carlos hicimos de él un confidente con el cual compartir alegrías y tristezas de nuestra vida cotidiana. No era nada extraño que de pronto nos llamase por teléfono para saber cómo estaban las cosas, o que se acercara a tu lugar de trabajo para ver si podían almorzar juntos o ir al cine. Su empeño en comprender mejor a las personas le llevó a estudiar Programación Neurolingüística (PNL), y en ocasiones nos prestaba o regalaba libros que le habían ayudado en momentos de crisis como “Juan Salvador Gaviota” y el documental “Hasta las águilas necesitan un impulso”.

Su interés por las personas también le llevó a admitir “casos perdidos” como alumnos, esto es, personas que padecían de problemas de movilidad, de alcoholismo, o que habían sido delincuentes en algún momento, y a quienes Carlos ayudó a descubrir su potencial y superarse a si mismos cada día.

Relájese

Carlos me contó que el día de su ascenso a 4º Dan de Hapkido, se presentó al evento vistiendo un Hakama, o pantalón tradicional muy ancho, y de inmediato los alumnos empezaron a silbarle y le gritaban que se veía bello con esa “falda”. Bastó y sobró para que más nunca vistiera una prenda como esa, con la excusa de que se le veía bien “sólo a los hombres altos”.

La verdad es que para mí, que provenía de una enseñanza tradicional tanto desde el hogar como en las artes marciales, me costó mucho adaptarme a los “bochinches” que se formaban a veces en clase, y en ocasiones regañaba al Maestro diciéndole “¡date tu puesto de maestro!”. Pero él se negaba a ser un señor de estos todos solemnes frente a quienes los alumnos se arrodillan. Lo cierto es que a Carlos le gustaba jugarle bromas a las personas, como una ocasión en la que me quedé dormido en el parque. Cuando desperté, vi junto a mis pies la rama de un árbol, y a Carlos riéndose por lo bajo. “Alguien” se había llevado mis zapatos, los cuales no encontré sino minutos antes de salir de la clase.

Otra anécdota sería la que me confió Miguel Ángel, otro de los instructores del Sistema: se encontraba con Carlos en un curso y un día salieron a trotar al aire libre a primeras horas de la mañana, pero mientras el Maestro parecía andar en un placentero paseo por la densa vegetación de la zona, el resto de los corredores batallaba contra los zancudos. “¡Concéntrese, concéntrese!” repitió Carlos una y otra vez, hasta que al final de la carrera se burló de los alumnos mostrándoles un pote de repelente con el que se había “bañado” antes de salir a trotar.

Durante los años que compartí con Carlos, vi cientos de personas saludarle en la calle: antiguos alumnos, del Parque o de los cursos que había dictado en el Regimiento Guardia de Honor, Petróleos de Venezuela, la Policía Metropolitana, la Policía de Sucre, o numerosas compañías privadas. Algunos llegaban con sus pequeños hijos y les decían “pídale la bendición al abuelo” y Carlos se quedaba jugando con los niños o los cargaba. Gracias a la influencia de Carlos en sus vidas, quienes tenían un temperamento

violento aprendieron a canalizar mejor sus energías, algunos enfermos adquirieron vigor y fortaleza, y otros antiguos alumnos se acercaban para decirle que habían salvado la vida gracias a alguno de sus consejos o técnicas. En fin, al menos el 95% de los aproximadamente 20.000 alumnos que tuvo Carlos en vida, le respetaron como maestro y le agradecieron la influencia positiva que ejerció en sus vidas.

Cierto día, el padre José Enrique, uno de los instructores del Sistema Kar-Mar dijo algo con lo que los ojos de Carlos adquirieron un brillo especial: “mis nietos van a aprender su sistema, los hijos de Moisés también, y así muchos jóvenes en los años por venir. ¡Usted vivirá a través de sus alumnos y no morirá nunca!”.

Las palabras del Sr. Hernández tienen plena vigencia. Parte de Carlos se marchó una noche de diciembre, pero el espíritu del “Sensei del Parque del Este” permanece muy vivo en el alma de quienes tuvimos la dicha de compartir con él y el honor de haber heredado sus enseñanzas.

Escrito por Moisés Chávez

mchavez.ve@gmail.com

05 de junio de 2009